

del Tauro y del Líbano, en valles dichosos, se extendía el antiguo imperio sirio, cuna de infinitos pueblos, espacio de antiquísimos imperios: templo donde guardó por mucho tiempo la humanidad sus destinos, puerta filigranada de ese primitivo Eden, en que corrió para nuestra inocencia, del misterioso Oriente; semillero de razas, que dirigiéndose ya al Asia, ya á Europa, influyeron maravillosamente en la historia de la humanidad, que ve aparecer y desaparecer los pueblos como las alteradas olas en la superficie de los mares. En aquel riquísimo país se contaban ciudades como Antioquia, Seléucis, Heliópolis, que el mundo recordará siempre como depositarias un día de su conciencia religiosa, y de sus mas caros dogmas. ¡Cuántas veces los profetas bíblicos, al pulsar su arpa cortada de los cedros del Líbano, recuerdan que su imaginación como una mariposa se ha bañado en los dulces aromas de la Siria! Los últimos días de este imperio, fueron días de luto, que lo prepararon para la servidumbre romana. Rota en mil pedazos su corona, repartido su manto de púrpura entre infinitas familias de reyes, arrojadas al viento las cenizas de sus mas populosas ciudades, bañadas en sangre sus campiñas, habitando la guerra hasta el secreto santuario del hogar doméstico, destrozadas las aras de sus antiguos dioses, apagado el fuego de sus sacrificios, cortado en mil pedazos su imperio, pedazos que se movían como los anillos esparcidos de una inmensa serpiente; martirizada en su agonía por las irrupciones continuas de los árabes y de los parthos, que talaban sus campos, destruían sus ciudades, violaban sus mujeres; el imperio Sirio se hallaba en uno de esos momentos, en que la esclavitud es hasta un refugio. En efecto, Roma recorrió en su carro triunfal aquella esclava, herida y moribunda, abandonada en un lodazal, manchada de sangre.

Los primeros días de la dominación romana fueron días de luto y desórden. Los pretores, por su propio lucro, atizaban el fuego devorador de la discordia; los parthos y los árabes descendían á arrancar sus últimas perlas y sus girones de púrpura á la hermosa Siria. Era en vano querer atajar el paso á estos pueblos feroces. Viviendo en la cima de las cordilleras, saltando de roca en roca como tigres ocultos en los peñascos y en las cuevas, alimentados con la leche de las camellas salvajes ó con las frutas que pródicamente ofrecía la naturaleza, hijos de aquel sol ardiente y fecundo, descendían de sus montañas, se lanzaban sobre los pueblos, los devoraban y volvían á perderse en sus bosques inexplorados, en sus nieves eternas, en los cráteres de sus volcanes, en sus cavernas; como el águila que despues de ha-

ber agarrado su presa, se pierde lanzando agudos gritos en la inmensidad de la atmósfera. Pero despues que César y Augusto domesticaron aquellas razas y les pusieron una valla, Siria creció como esos árboles que crecen con el limo que las tempestades y las inundaciones depositan en su tronco y en sus raíces.

No eran solamente países sujetos á Roma los que Roma dominaba con absoluto dominio; tenía tambien pueblos regidos por reyes independientes, aunque celados por su soberana autoridad. Entre estos se cuenta el antiguo país de los tracios. Este pueblo era bárbaro. Sus habitantes se pintaban el cuerpo á usanza salvaje, vendían en mercado público sus hijos, compraban sus mujeres, vivían del robo ó de la guerra, se aposentaban en chozas, tenían divinidades bárbaras que se abrevaban en sangre, ofrecían víctimas humanas en el ara de los sacrificios y levantaban sus templos en las grutas de las montañas, en la espesura de los bosques. Roma miró un día con menosprecio estas tribus salvajes y les dejó sus leyes y sus jefes, contentándose con ejercer una prudente tutela. Pero Tiberio, queriendo hacer de la Tracia una provincia puramente romana, lleva la división á su seno; levanta al hermano contra el hermano, y logra debilitar y enflaquecer este país. San Gerónimo, por último, nos dice que en su tiempo fué incorporada la Tracia al Universo romano. En la misma situación dejó Roma á Capadocia. Sus reyes estuvieron sometidos al pueblo romano; pero dominaron al pueblo. Estos reyes eran tiránicos. Cuando les faltaba oro, vendían para allegarlo infamemente los hijos de su pueblo. En una ocasión el Senado romano prometió libertad á este pueblo, y el pueblo la rehusó con escándalo del mundo. Pero ¿qué podía esperarse de un pueblo débil de cuerpo por su miseria, mas débil aún de alma por su antigua servidumbre? Habitando un terreno helado en invierno, calurosísimo y volcanizado en verano, terreno salino difícil para la vegetación, aquel pueblo se había hecho incapaz del trabajo, que es el gran cincel de la libertad. Así el pueblo rey, que gustaba de la dignidad hasta en sus esclavos, le abandonó á su triste suerte y le miró siempre con menosprecio. Los habitantes de Capadocia, pues, arrastraban una vida triste y dificultosa al pié de sus altares. En este ó parecido estado se encontraban todas las regiones vecinas, divididas en tribus, mandadas por diversos reyes, ora de origen jafético, ora de origen semítico, pueblos que son en la historia como los inmensos desiertos arenales en la naturaleza.

En el interior del Asia había un pueblo que guardaba en tablas de

bronce la idea de la humanidad que estaba por venir. Este pueblo maravilloso había resistido constantemente toda estraña influencia, todo ajeno poder. Ni el látigo de los Babilonios pudo hacerle renegar de su idea, ni el beso amoroso de Grecia turbó su pensamiento. De rodillas al pié del santuario, alimentando el fuego que ardía sobre el altar, eterno solitario en la historia antigua, en el arca sagrada de su alianza guardaba la idea sublime de la unidad de Dios. Ningun pueblo de la tierra podía apagar la sed de lo infinito que aquejaba á la humanidad como este pueblo hebreo, cuya idea debía estenderse por las conciencias como la idea romana se había extendido por el espacio. Su Dios guardado en el santuario, era el Dios de lo porvenir, el Dios de la historia moderna. ¿Qué podía ofrecer mas grande y mas hermoso al mundo moderno el sagrado Oriente? El panteísmo indico aniquilaba la humanidad; el dualismo persa llevaba una eterna guerra al espíritu. Solo este Dios personal, este Dios absoluto, este Dios único, este Dios espíritu, este Dios verdad, podía dominar el mundo que estaba en los limbos de lo porvenir. Mas en el instante en que el pueblo hebreo necesitaba abrir su santuario á las gentes, en este mismo instante su antigua constancia le impedía realizar su idea. El verdadero Dios estaba en la Sinagoga; pero su sacerdote no podía ser ya el pueblo hebreo. Dios, compadecido del largo martirio de la humanidad se revelaba con toda su plenitud, con toda su verdad á las naciones, y el pueblo hebreo con su egoísmo ahogaba esta revelacion, porque anhelaba sostener su privilegio privativo del sacerdocio. Y el Dios de la verdad había venido para romper la frente del privilegio. Así vereis, señores, que cuando un pueblo se opone al progreso, ese pueblo muere y desaparece de la faz de la tierra. El pueblo hebreo se interponía entre el santuario del verdadero Dios y el corazón de la humanidad, y por eso la humanidad personificada en Roma debía arrancarle al pié del santuario. El templo antiguo donde se encerraba este Dios de una raza, que pasaba á ser el Dios de la humanidad, fué destruido para que la luz que guardaba en sus espesos seculares muros alumbrase toda la tierra. Roma hizo su tributario al pueblo judío; pero un día este pueblo se levantó contra la señora de las gentes. Entonces había cumplido ya su destino. Dios se había hecho hombre y había depositado su revelacion eterna en la mente de otras razas, en el corazón de otros pueblos. El culto antiguo, los antiguos símbolos, habían caído en el polvo, dejando paso á la realidad de la idea y de la vida. Entonces la mano de Tito aplicó á Jerusalem fuego y ardió

la ciudad, y se desvaneció el templo como una nube de humo. Diez y ocho siglos han pasado despues de esta grande catástrofe de ese pueblo, y todavía cuando leemos á Josefo lloramos tantos horrores; Jerusalem desgarrada por sus propias manos; las perlas de su corona quebradas por las lanzas de sus propios hijos; la peste pesando como la atmósfera de un sepulcro sobre su recinto; las calles cubiertas de cadáveres; el hambre reinando fria como la muerte; sus vírgenes violadas; sus hijuelos comidos por los soldados; su templo, el templo que era su eterno refugio, demolido, quemado, y las piedras del santuario arrojadas en el lodo y la inmundicia. Apartemos nuestros ojos de este pueblo, recordando siempre que su idea ha sido como la raíz de nuestra religion, como el principio de nuestra vida.

Entre los pueblos antiguos ocupa un lugar importantísimo el Egipto. Por mucho tiempo la humanidad creyó que Egipto guardaba el depósito de la ciencia, creyó que su misteriosa Isis, llevaba envuelta entre los pliegues de su blanco velo el alma de la naturaleza. Allí, á su templo, al pié de sus altares, iba la ciencia libre y espontánea de Grecia á recibir el sello de un origen divino, por ese anhelo que tiene el alma de ligar con lo infinito sus ideas. Sus sacerdotes guardaban una ciencia, que en el desarrollo dialéctico de la idea humana, era como un término medio entre Grecia y el Oriente. ¡Cuántas veces el sacerdote griego se llevaba la mirra egipcia á su templo para quemarla como una ofrenda gratísima á sus dioses; porque le recordaba el aroma misterioso de su patria! Así Egipto fué mirado por mucho tiempo con respeto en Roma, con ese respeto con que Roma trataba todos los oráculos y todos los dioses. Primero las armas romanas se declararon tutoras de Egipto. Pero un día, en ese gran poema de la historia, el genio de Oriente dejó caer toda su vigorosa vida como un filtro en el pecho de una mujer extraordinaria. Esta mujer era como una Sibila del desierto. Sus ojos centelleaban el fuego del sol africano, sus ideas eran como serpientes ocultas entre flores, su alma tenia toda la vida de aquella colosal naturaleza. Conociendo que no podía vencer á Roma por la fuerza, trató de vencerla por halagos. Fijó sus ojos en los capitanes de los ejércitos romanos, los atrajo á sus brazos, derramó con sus labios ardorosos el fuego de Oriente en sus mismos señores, los embriagó, y viéndolos vencidos por sus encantos, creyó que un inmenso festin podría tambien fascinar y vencer á Roma. Esta mujer extraordinaria era el último destello del alma de Egipto. Pudo seducir el entusiasmo de un soldado; pero no pudo seducir la fria astucia de un

emperador. Roma comprendió que aquella mujer al ofrecerle en la copa de sus festines el hirviente vino, le mezclaba en el vino un veneno. La señora de las gentes temía á sus esclavos, y á pesar de su confianza ciega en la eternidad, se libertaba de sus asechanzas. El pensamiento de la reina egipcia fué conocido; se vió el puñal agudísimo que guardaba entre flores. Entónces, descubierto su secreto, esta mujer se fué al sepulcro de sus padres, se vistió con todas sus galas y joyas como para celebrar sus nupcias con la naturaleza, bebió el cáliz de la muerte y enterró consigo en su hondo sarcófago el pensamiento del Egipto. Era, pues, en vano, pensar resucitar ya aquel pueblo. Había cumplido su destino, había educado á los hebreos y á los griegos; había hecho de tribus nómadas grandes pueblos; había descifrado los símbolos y geroglíficos orientales; había sostenido en sus manos la cadena de los hechos, que liga unos pueblos con otros pueblos; había levantado del fondo de las piedras dormidas del Asia, la esfinge y la columna, como una idealización de la materia; había hecho el primer esfuerzo para unir el Oriente con el Occidente; había dulcificado la antigua casta, había querido hacer de su religión una ciencia positiva de la naturaleza; había, en fin, agotado toda su vida, cumplido y realizado todo su pensamiento; y por eso sus templos, depósitos de tantos dogmas, escuelas de tantas razas, santuario de la naturaleza, faltos de la idea, que es el alma de una civilización, yacían abandonados, solitarios, amenazados de caer envueltos entre las arenas del desierto, señalando una revolución ya estinguida del espíritu como los fósiles en las entrañas de la tierra testifican las grandes revoluciones de la naturaleza. En los tiempos que vamos historiando, aquella ciencia que había oído con tanto respeto Herodoto, que había interpretado con tanto entusiasmo Platon, se quedaba reducida al símbolo. Así, cuando al principiar nuestra era, iban los peregrinos de todas las naciones á buscar la sabiduría egipcia, se encontraban con que sus mismos sacerdotes no sabían leer los pensamientos guardados por los geroglíficos de sus templos. Aquellos geroglíficos estaban vivos aún en las paredes de sus templos; y sus ideas se habían perdido, se habían helado en la fría noche de la muerte de aquella civilización. El buey Apis no era el símbolo de un dogma, era el buey; el cocodrilo solo era el cocodrilo: y ante el buey y el cocodrilo se postraban de hinojos, adorándole realmente, y no como imágenes de una idea mas alta. Así Roma, que tanto en otro tiempo respetara el Egipto, al verlo caído en tanta degradación, le selló la frente con el sello de la infamia. El egipcio no po-

dia ser senador, ¡qué senador, ni aun ciudadano! (Esta region no se levantaba sobre el ritmo armónico de las leyes romanas como se levantaban todas las regiones de la tierra, no; Roma no quería estrecharla contra su amoroso seno, temiendo que la envenenara con su aliento. Solo Alejandria se libertaba de este odio; pero Alejandria era una ciudad griega, ó mejor dicho, una ciudad humana. Hija predilecta del pensamiento de Alejandro, única imagen de su inmensa alma, único destello inmortal de su genio humanitario, hermosa, riante, preparada á los festines como una ciudad griega; inmensa, colosal como una ciudad asiática; asentada entre el Mediterráneo y un lago, como surgiendo del fondo de las aguas; visitada por todas las razas de la tierra, querida de todas las gentes, destinada á recibir el soplo del Asia en su alma y el beso de Grecia en su seno; agitada por un eterno cántico, envidiada de la misma Roma, que no ocupaba un trono tan hermoso en la tierra; resguardada de los bárbaros por un inmenso desierto; bendecida por el Nilo, el rio de los dioses, el rio de los antiguos misterios, que se divide en varios brazos al acercarse á sus muros para mas hermosearla, para mas extenderse por aquella tierra de bendición; Alejandria era el templo donde se citaban á unirse, á condensarse todas las escuelas de la tierra, todas las ideas que habían cruzado por la mente humana; y allí iban con sus ofrendas, con sus dones, los antiguos sacerdotes del Oriente, que no habían profanado el sueño del pensamiento dormido en la naturaleza; los hebreos que llevaban su Dios errante por el mundo para libertarle de las asechanzas de Roma, y lo guardaban en el santuario de su alma; los cristianos que anhelaban derramar el bautismo sobre la frente de aquella ciudad tan hermosa; los platónicos que soñaban con la idealidad de su ciencia en las bibliotecas de aquella inmensa academia; los estóicos que se habían esparcido por todo el mundo, y en todas partes guardaban con sin igual esfuerzo su elevado pensamiento; los epicúreos que en aquella ciudad de placeres se entregaban á todos los reclamos de sus sentidos; los gnósticos, los verdaderos hijos de esta ciudad, porque como ellos era oriental, griega, platónica, epicúrea, mágica, mística, theúrgica, la inmortal Alejandria.

El Atlas, el Desierto y el Mediterráneo forman al salir de Alejandria para Occidente, un inmenso país, vario, multiforme, ora cubierto de bosques hermosísimos y de ciudades populosas como la region mas feliz de la tierra, ora desolado, y envuelto en inmenso sudario de estéril arena. Allí, en aquella inmensa region se estendian desiertos inexplorados, inexplorables, sin un pueblo, sin una vivienda, sin un

oasis; desiertos, en que de vez en cuando se encontraban algunas piedras arrojadas por los peregrinos de otros días, como para testificar su angustia, y señalar á los venideros su ruta. El Mediterráneo tan plácido y manso, á pesar de sus llanas riberas, al besar los bordes de ese inmenso y maldito desierto, ocultaba bajos inmensos, formando, costas inhospitalarias y horribles. La vida de la naturaleza, que se manifiesta en bosques, arroyos, en fuentes, en aves, allí no luce, como si al derramarla Dios, se hubiera evaporado y perdido. La creación parece allí un inmenso cadáver. Y sin embargo, este inmenso desierto, es cortado muchas veces por las cordilleras del Atlas, que formando grandes vertientes, siembra el Norte del Africa, de países abundantes felices, hermosísimos, adornados con todo el lujo de una espontánea y riquísima vegetación. Entre el desierto y las vertientes Norte del Atlas se estendian tribus nómadas, guerreras, amantes del peligro, ágiles como el tigre, nobles como el león; pero feroces como todas las alimañas que se crían en sus selvas y en sus montes. Por aquellas regiones andaba errante ya en esta época que historiamos, el indómito Kabila, envuelto en manto del color mismo de la tierra, centelleando de sus ojos la ardiente luz de su sol, ennegrecido y tostado por el calor del cielo y de sus montañas, pues parecia criado en inmenso y abrasador volcan. Y sin embargo, en estas regiones del Norte de Africa, la graciosa y armoniosa civilización griega levantaba sus templos, sus acueductos, sus ciudades, y celebraba sus rientes y hermosas fiestas en Cyrene. Allí, el cielo era mas trasparente y mas claro, la tierra estaba bordada de flores, las montañas cubiertas de celestes reflejos y cortadas por valles dichosísimos; el mar claro, sereno, como si gozara en reflejar la hermosura de las riberas y el esplendor de las ciudades, que se miraban orgullosas en sus aguas; tierra de bendición semejante á un canastillo de perlas y de flores olvidado y perdido en el desierto. Los poetas epicúreos antiguos, para quienes la vida era ligera y la muerte voluptuosa, creían que en el mundo no se encontraba un lecho tan perfumado, tan hermoso para dormir tranquilamente el último sueño como esta tierra Cyrenaica. Este país tan hermoso fué legado á los romanos. El último de sus reyes, iluminado por esa visión profética, que trasluce el hombre á la hora de la muerte, legó su corona á Roma, y reconoció así su incontrastable soberanía. Estendianse tambien por estas regiones la gran Sirte, la Numidia y la Maurithania, y allí sembradas ciudades que habian guardado los destinos del mundo, como Cartago, último esfuerzo

hecho por el genio de Oriente para sujetar la humanidad; Utica, sepulcro del severo estoicismo republicano de Roma; Tapso, Aquila, Tánger, todos representando grandes fases del comercio y de la vida del Africa. La paz de cinco siglos, que iba á traer el Imperio, estaba destinada á levantar de su abatimiento estas regiones desoladas, y á darles su antiguo esplendor, hasta el día en que sonó la hora de la venida de los bárbaros.

En este largo viaje hemos recorrido las riberas del Mediterráneo, de ese mar misterioso y sagrado, que ha lamido con sus ondas los pies de todas las grandes ciudades, que ha reflejado en sus cristales los rostros de todos los héroes, que ha arrullado con sus cánticos la cuna de todos los dioses; de ese mar hermosísimo que ha teñido con sus reflejos celestes los cuadros de Apeles y con sus húmedas brisas ha besado los vibrantes labios de las musas, y con sus dulces ecos ha acompañado el cántico de Pindaro y Horacio, y con sus azules horizontes ha formado el fondo del teatro de Sófocles y Esquilo: de ese mar, que sobre sus ondas, semejantes á las palpitaciones de un corazón querido, ha llevado el secreto de la civilización de ribera en ribera, de gente en gente, envuelto en los perfumes regalados de los deleitosos campos que se miran en sus ondas; mar, que Dios ha arrojado entre el Asia, Europa y Africa para unir á los tres continentes, y celebrar así la maravillosa fusión del alma, y del pensamiento de los pueblos; mar, que yo amo, porque he pasado mis primeros días viendo sus ondas, y he creído descubrir en sus estelas, en sus espumas, en su ligera celeste superficie las eternas huellas de su hermosa historia. A orillas del Mediterráneo, en mitad de Europa, se levantaba el oráculo de la historia antigua, el templo de todos los dioses, el gran laboratorio donde los diferentes pueblos, y razas perdían sus manchas, su egoísmo, y formaban el robusto cuerpo de un nuevo hombre, la hermosa Italia. Al descubrirla en los largos anales de la historia, despues de haber visto tantos imperios, tantas grandiosas naciones, pero tambien tantos esclavos sumidos en el polvo, y tantos altares levantados al error, el alma dolorida y atribulada siente el mismo respeto y la misma alegría que Eneas y sus compañeros, cuando la veían surgir entre las ondas pura y hermosa como un asilo reservado á su desgracia, como una nueva patria de su espíritu. Y en efecto, señores, sea cualquiera nuestra patria, cuando arribamos en la larga serie de los siglos á Italia, y recordamos que suya es nuestra legislación, suya nuestra lengua, suya la esencia de nuestra vida, sentimos hácia ella afecto filial.

tanto mas, cuanto que hoy la vemos oprimida, desgarrada por las atrevidas manos de los que nunca pronunciaban su nombre sin espanto, y nunca vieron lucir á lo léjos su resplandiente escudo sin caer herido, en el polvo de sus campos, pidiendo de rodillas perdón á la que era la reina de las naciones, la madre de las gentes. Recostada en los Alpes, que la coronan con nieves eternas, con lagos celestes; con bosques llenos de flores y perfumados por eternas aromas; envuelta en la gasa ligera, hermosa, de un cielo claro y límpido como el alma en la inocencia; sembrada de florestas, de jardines, que bordan su manto; hundidos los piés en el Mediterráneo como en una blanda alfombra; armada con el cetro de la tierra, que era el eje de toda la historia; rodeada de todas las razas que la miraban de rodillas como su diosa, como su oráculo; hollando blasones y trofeos como ni antes ni despues ha tenido ningun pueblo; Italia dilatada, auxiliada por el genio de la historia, su soberanía por toda la tierra, y elaboraba pensativa y silenciosa la gran obra del derecho. Pero miremos hoy su estado material como hemos hecho con todos los pueblos de que lijeramente hemos tratado. Italia en los primeros tiempos de la República estaba floreciente y hermosa. El trabajo habia hermoseado aquel país; porque el trabajo es la fuente de la vida. Allí se cogia el trigo de Campania y Apulia, el vino de Falerno, el aceite de Venafre; allí la agricultura, primer oficio de los romanos, florecia con singular florecimiento. Mas un dia cambió de aspecto Italia. Los nobles, los poderosos, oprimiendo al pueblo, gravándolo con pesadimas deudas, se alzaban con todas sus propiedades y constituian inmensos patrimonios, fabulosas riquezas. Estas propiedades eran como un cáncer, que devoraba la riqueza de Italia. El señor, así que veia tan dilatados dominios, trataba de explotarlos con toda suerte de explotaciones; y queria extraer mucho interes é invertir poco trabajo. El señor, en Roma, en la ciudad, no podia tener por los campos, ese afecto, ese amor paternal, que siente el pobre agrícola cuando les ve transformados por su trabajo, rociados con el sudor de su frente, como si fueran parte de su vida y de su alma. Poco le importaba al noble romano que la agricultura decayese, que los campos perdieran su vida, que los labradores se murieran de hambre al pié de los instrumentos de su labranza, que perecieran generaciones enteras, y se arruinaran villas populosas, con tal de aumentar su riqueza y dar alimento á su avaricia. Las tierras trabajadas por los plebeyos con trabajo tan fecundo, aquellas tierras, ricas en viñas, en olivares, en sembrados, en huertas de todo linaje,

de regaladas frutas, fueron impiamente taladas, convertidas en praderas para la manutencion de grandes ganados, que se sostenian sin estipendios y sin trabajos, abandonados á la custodia de un esclavo. La madre tierra, que es tan productiva, cuando el amor del hombre la fecunda, abandonada á si misma, profanada por el trabajo servil, estéril y maldecido como todo cuanto proviene de la servidumbre, se habia esterilizado hasta el punto de no dar de sí ni un átomo de vida. Así, el pueblo romano, ántes tan feliz con los productos de sus tierras, despues que el trabajo servil habia agotado las fuentes de la vida, se quedó á merced de las olas y los vientos, que de estrañas regiones le llevaban el pan para saciar su hambre. Así es que muchas veces, cuando el mar encrespaba sus olas, cuando el viento desataba sus ráfagas, y las galeras romanas no podian arribar á las riberas italianas, el pueblo romano se moria de hambre, golpeando en vano la puerta de la vacía Annona, que habia agotado todo su trigo. Hé ahí, señores, la consecuencia del trabajo servil. Nuestro compatriota Columela miraba con los ojos arrasados de lágrimas aquella tierra infecunda y estéril, y decia que entregada á manos de los esclavos torpemente, los esclavos la trataban como crueles verdugos. Así, el gran Tito Livio se dolia amargamente de que aquella Italia, semillero en otro tiempo de hombres, no pudiese dar á la guerra ni aun diez legiones. Hé aquí el resultado de la concentracion del poder y de la riqueza en manos privilegiadas, y la concentracion del trabajo en manos serviles. Lo cierto, lo indudable es, señores, que Italia estaba agotada. Para deshacer aquella propiedad monstruosa, tiránica, la cuestion social torpemente planteada por el Senado, y las cruentas guerras civiles habian llovido sobre los campos de Italia lluvias de sangre, bastantes á borrar los límites de cada dominio, de cada heredad, y el vencedor, ora se llamase Sila, ora Mario, ora Pompeyo, ora César, daba aquellas tierras á sus parciales, á sus soldados, á sus gentes, preparando así el dia en que el imperio habia de levantarse á reivindicar todo el dominio de Italia, y á soterrar toda la antigua aristocracia en el polvo de sus campos. Los veteranos de los ejércitos vencedores eran los propietarios de Italia, y así como con facilidad se levantaban á despojadores, con facilidad venian á despojados. Todavía recuerdo, señores, con plácida ternura, que el cantor de Mantua, ese dulce y tierno poeta de la naturaleza, que reflejaba en su alma la luz del naciente cristianismo como la luna reverbera en su tranquilo disco la luz del sol, lanzó sus primeros gorgoros en Roma,

herido por el dolor de ver en el suelo destrozado el hermoso nido de flores, en que habia desplegado por vez primera las pintadas alas de su divina fantasía. Y ya creo haberlo dicho otras veces, y no necesito repetirlo, Italia estaba despoblada y tambien exhausta, porque en su titánico trabajo de la unidad del mundo y de la fusion de las razas, habia agotado su propia vida, su propia sangre, de suerte que sus guerras sociales y su obra de civilizar á la tierra habian agotado todas las fuerzas de Italia como se agotan las fuerzas del artista cuando acaba de dar la última mano á su obra. En esta Italia tan desolada se extendia una region placentera y serena; la feliz Campania. Allí, á la luz de aquel sol, bajo el claro pabellon de tan hermoso cielo, respirando las auras embalsamadas con las esencias de las rosas y los mirtos, recostados en bellas casas de campo levantadas al pié mismo del Vesubio, dejando errar la vaga mirada por las celestes apacibles ondas que al quebrarse mansamente en la orilla cubierta de caracoles y conchas, lanzan un vago suspiro repetido como un cántico de amor por los ecos de las cercanas montañas; los señores romanos se entregan al placer y al ocio, apuran el vino de sus ánforas etruscas, liban la miel del amor en los labios de sus esclavas griegas, cantan al compas de doradas cítaras los versos amorosos de Tibulo y de Propertio, juegan con los dioses marinos que la imaginacion finge entre las algas y las espumas, se bañan en el Lucrino para adobar y pulir su cuerpo, se pierden á la luz de la luna como el dios campestre acompañado de sus bacantes en las vifias entrelazadas con los álamos y los cipreses, la alegría en el rostro, la copa en las manos; huyen de los ardores del estío en las frescas grutas humedecidas por las plantas acuáticas; y así dejan errar tranquilamente su vida al acaso, sí, su vida que se parece á una de esas hojas perfumadas desprendidas de las flores sobre la linfa de los arroyos, que juguete de las aguas, despues de flotar sobre la verde grama, y recorrer deleitosos espacios, va á perderse en el seno de los rios, ó entre el oleaje de los mares. Pero, me preguntareis, señores, ¿este mundo romano en esta época no tenia enemigos? Voy á satisfacer esta pregunta. Pasemos, pues á otro asunto.

Ahora, señores, despues de haber examinado el mundo romano en su interior, debemes examinarlo en sus fronteras, en los pueblos que le rodeaban. Al Norte estaban los Britanos, los Germanos y los Dacios; al Oriente los Escitas, los Parthos y los Arminios; al Sur los Arabes y los Nómadas africanos. Veamos estos pueblos. Empezaremos por los del Norte. La religion druídica de la raza céltica habia en-

contrado un refugio en medio de los mares, la isla Británica. Allí sus sacerdotes guardaban la tradicion y la ciencia léjos del ruido de las armas, allí se daban á la meditacion acompañados solo por el rumor de las olas del mar. En la Bretaña la religion druídica habia tomado un carácter mas grave, mas solemne, mas trascendental. La confianza en la transmigracion de las almas, en el cambio de forma en la existencia, pero en la perennidad de la vida, hacia de aquellos sacerdotes una gran escuela filosófica, algo parecida á los cenobitas solitarios del Oriente. La casta sacerdotal se renovaba incessantemente con la admision de jóvenes que le ingerian una nueva vida, y que por espacio de veinte años entregados al silencio, adquiririan la madurez de los ancianos. Y sin embargo, esta religion tan trascendental, no se desvanecia ni se disipaba en el seno del misticismo, como la mayor parte de las religiones orientales, no, era una religion práctica, que daba al hombre amor á la patria, aliento para la guerra. A las orillas de aquel verdoso y oscuro mar, bajo las bóvedas que formaban las encinas, sobre una tierra bendecida y sagrada pero selvática, la raza druídica encendia sus hogueras, predicaba la trasfusion de la vida humana en la naturaleza despues de la muerte, y arrastraba los hombres al pié del ara para ofrecer su sangre, su existencia como un holocausto á sus bárbaras y antropófagas divinidades. Entre aquella isla y las Galias habia siempre misteriosas relaciones. Cuando la tribulacion de la conquista llegaba á su colmo en los galos, iban á buscar un asilo seguro en la Bretaña, y allí encontraban sus sacerdotes, y allí sus dioses, y allí un consuelo á su dolor. César comprendió que no tenia bien domeñadas las Galias, si no ataba á su carro tambien la umbrosa Bretaña. Y como entre su pensamiento y su voluntad no habia distancia, atravesó el Oceano y puso su pié vencedor en la Bretaña. Tácito nos cuenta cómo resistian estos pueblos bárbaros á las huestes romanas; reunidos en grandes peloton es, con los ojos vueltos á sus templos, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, dando gritos espantosos, ahullidos terribles, montados en caballos que relinchaban fuertemente en la pelea, bendecidos por sus sacerdotes, que levantaban los brazos al cielo para invocar la proteccion de los dioses y pedirles su fuego y su cólera contra sus enemigos, desesperados hasta el punto de arrojarse á las ondas del mar en pos de un asilo mas dulce que la patria encadenada, cayendo bajo las armas romanas como bajo la clava del destino, rendidos pero no humillados. César despues de sus dos expediciones, solo habia conseguido de estos pueblos un tributo en

reconocimiento de la soberanía de Roma. Pero este tributo de mal grado rendido, olvidábase bien pronto en aquellos naturales. Y tan cierto es que no daban este tributo, que Augusto reconoció la inutilidad de exigirlo, y renunció á este reconocimiento del poder de Roma por un pueblo bárbaro y oscuro, pues los gastos de la recaudación excedían á los rendimientos del tributo. Pero Roma no podía consentir que un pueblo se burlase así de su poder, porque no estaba en su pensamiento ceder á ningún pueblo, ni en su destino desmentir la providencia, dejando en pie cruentos cultos. Roma iba á preparar el culto del Dios-espíritu como la Sibila que desde su silencioso templo, y sin conciencia de lo que decía, anunciaba la venida de una nueva religión. Y era necesario que Roma, para preparar el reinado del Dios-espíritu, rompiese, destrozase el ara que destilaba sangre, donde era adorado en todo su horror el Dios-naturaleza. Y así la nueva idea, pura, luminosa, inmaculada, iba hollando los trofeos de las victorias romanas, y alzándose sobre ellos para predicar la verdad y la justicia á los hombres. Era pues, necesario, que Roma no abandonase la conquista de la Gran Bretaña. Claudio, que á pesar de sus grandes crímenes, y de su reconocida imbecilidad, tenía en el trono esa intuición que el espíritu de Roma daba á todos sus representantes, trató de purificar la tierra del culto druidico, arrojándolo del nido de encinas que se había formado entre las ondas de los mares. A este fin, mandó allí sus procónsules y sus legiones. Alguna resistencia opusieron los régulos del país, pero resistencia inútil, porque bien pronto las armas romanas los precipitaron en el polvo. Roma vió con asombro entrar por sus puertas encadenados á reyes de la Bretaña, de aquella isla, que Roma creía un mundo desconocido é inmenso. Caratac, régulo de Bretaña, á los piés de Claudio, rendido, le pedía la vida. Claudio, siguiendo la política tradicional de Roma, se valía de estos reyes, para aherrojar á los pueblos. Y de esta suerte, poco á poco se venían á tierra los altares ensangrentados, y espiraban los dioses antropófagos.

El gran peligro para Roma estaba á las orillas del Rhin. Allí se condensaba una nube, que había de asestar sus rayos sobre el Capitolio, y había de borrar á Roma de la faz de la tierra. De vez en cuando esta gran tempestad, que Dios guardaba para el día de los grandes castigos, reflejaba algún lejano relámpago sobre la frente de Roma. La reina de las naciones sentíase herida, y un presentimiento vago de su próxima ruina atenaceaba sus entrañas y mordía su

corazon, y en su amargura enviaba á sus hijos á contener aquel grandioso y devastador torrente. Después de un siglo todavía mostraban los romanos con horror los campos pútridos, donde los Cimbrios, avanzadas ligeras de los pueblos germanos, habían hallado muerte, merced al heroísmo de Mario; pero muerte que indicaba claramente cuánto de vida había en el seno de aquella formidable raza, eterna enemiga de Roma, y su rival si no por la inteligencia, por la fuerza y por las armas. Allende el Rhin en aquella inmensa inexplorada soledad, entre bosques y riscos, se encendía este pueblo, á quien los galos en su terror habían llamado germano por su furor guerrero; pueblo, cuya cuna era un carro de guerra, cuya infancia una disciplina y apercibimiento perenne para el combate, cuyo patrimonio una espada y un escudo; pueblo, que tenía por única diversion y recreo saltar sobre las puntas de las lanzas y deslizarse de lo alto de las montañas en sus anchos escudos; que adorando á Dios en la inmensidad, en los bosques, en las fuentes, en la naturaleza, sin darle ninguna forma humana, conservaba su espíritu libre de la idolatría; que sin agarrarse al suelo y á la patria, volaba de un punto á otro llevado por su instinto guerrero, verdadera voz de su destino; que no se degradaba bajo ninguna aristocracia sacerdotal, ni se hundía en ningún linaje de esclavitud; en sus mujeres hallaba fuertes heroínas, dispuestas á señalarse siempre en el camino de la guerra y á decirle que es preferible la muerte á la esclavitud; que no tenía sosiego, sino cuando respiraba el vapor de la sangre y oía la música salvaje formada por los combates; pueblo, en fin, rubio, de ojos azules, blanco, de larga cabellera, que mostraba en sus brazos fuerza para destruir un mundo, y en su sereno rostro apacibilidad para dejarse dominar de una idea; pueblo, que Dios guardaba en sus designios entre las nieves y las sombras para confiarle la dirección de la historia, el día en que Roma descendiera del trono de la tierra, enflaquecida y degradada por sus crímenes. Los romanos, que conocían que este era el destino de los pueblos germanos, se oponían á toda costa á su carrera y á sus victorias. César que resumía la humanidad de su tiempo en su alta inteligencia, trata de cortar con aquella su invencible espada esta continua corriente de pueblos bárbaros, cuyo poder y fuerza desconocía, pero cuyo destino providencial histórico en su alta intuición adivinaba. Los galos le referían con horror que alguna vez las tribus feroces de allende el Rhin atravesaban el río, y se lanzaban sobre sus campiñas, talándolas, destruyendo sus chozas y sus villas, disper-